

Relatos reales/El inquilino

Autor: Javier Cercas

Editorial: El Acantilado

Páginas: 215 / 138

Precios: 1.700 / 1.200 pesetas

Síntesis: Crónicas periodísticas. / Mario Rota, profesor de fonología en el Medio Oeste americana, se tuerce el tobillo el mismo día en que conoce a su nuevo vecino.

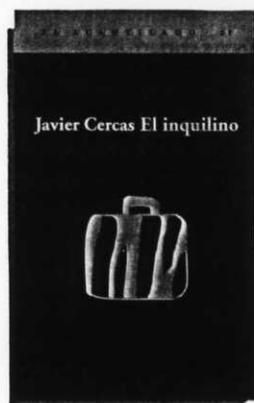
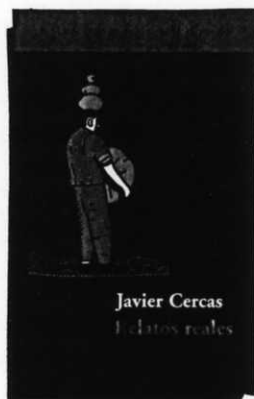
Desde el mismísimo Homero, la narración se nutre de dos cosas, realidad e invención. Cuando predomina la realidad, se hace historia, periodismo; cuando domina la invención, estamos ante novelas, cuentos, ficción. Pero todo el secreto está en la proporción elegida de lo uno y de lo otro. El Acantilado acaba de publicar un libro que demuestra de manera ejemplar esta teoría. No es nuestra; la copiamos del prólogo que el propio Javier Cercas pone a *Relatos reales* para explicar la naturaleza literaria de páginas periodísticas, es decir, el valor de ficción literaria de lo que es real y verdadero.

Ni es nueva ni es suya tampoco la teoría, pero desde luego conviene ir comprobando sin remilgos la fecunda elasticidad que admite esa asunción del relato literario: la prueba más inmediata es el propio libro de Cercas. Sus relatos son crónicas periodísticas publicadas en *El País* y escritas desde la rigurosa conciencia de hacer literatura. Tienen un personaje narrador y una voz hecha de desvalimiento y vulnerabilidad woodyalleniana, cercana a la que tuvo Tomás en su novela anterior, *El vientre de la ballena*, pero no aún en *El inquilino*, novela geométrica y precisa que Jaime Vallcorba reedita 10 años después de su salida.

Con ese personaje, Cercas ha construido una moralidad hecha de sorpresa y curiosidad, de intencionada inopia y humor de baja intensidad, palpable, tangible, pero no histriónico, ni ruidoso, ni tan exaltado como aparenta la agitación continua del narrador. Lean bien y leerán a un melancólico escudado en la ironía y la humildad hiperactiva.

Salen en estos relatos escritores reales tratados como escritores de ficción —se llaman Borges y Kafka, Fuentes, Vila-Matas y Bolaño— y asuntos muy reales —indigentes crónicos o transitorios, enfermos, anarquistas, expresidarios y neuropsicólogos de valor y ciencia— tocados con la veracidad de la ficción. Incluso reconocemos nuestra propia cara leyendo la de los otros, en las dudas, en las inseguridades, o en la sorpresa de sabernos involucrados en la misma consternación ante una foto de González-Ruano, que parece un inconfundible Dalí, o la tragedia de una guerra que abismó nombres aunados, o la curiosidad de descubrir los silencios de quien parecía haberlo dicho todo, como Josep Pla.

Pero hay un texto que cierra el libro, y que es quizá la declaración más feliz y trabada de vocación literaria que puedan leer en un escritor que es todavía joven y todavía honrado. El epílogo titulado *La novia perdida* es una indecente y luminosa carta de amor a la literatura, es decir, al veneno de estar vivo y saberlo en páginas ajenas que un día se hacen —y ya para siempre— páginas propias, las que lo explican a uno mismo.



Jordi Gracia

EL PERIÓDICO